

# ACEPTACIONES

Todo ahora consta de un juego publicitario en el que somos más cómplices que víctimas porque se nos ha enseñado y hemos aceptado sin vacilar.

Hemos aprendido de las leyes del gobierno a ser buenos ciudadanos y a respetar la autoridad a cualquier costo porque es la representación del orden en esta tierra desadaptada y sentenciada a los vejámenes de los “otros”, es la gestión de lo divino sobre lo humano y a lo divino siempre hay que ponerle fe y doblegarnos ante las imágenes sagradas de la autoridad; aunque tenemos la sensación de que es un monstruo insostenible la idolatramos y nos hacen creer que es nuestra necesidad; tan buenos ciudadanos hemos sido que hemos aceptamos en silencio un sinfín de cosas que en otras circunstancias serían anormales o enfermizas: los barrios paupérrimos, la gente marginada y perpetuadas en los esfuerzos por la sobrevivencia, las miradas tristes en los semáforos de los ancianos y ancianas de rostros enjutos y de los mimos que parecen sacados de un cuento de Gabo, los desfalcos públicos, la opulencia en contraposición a la sobrevivencia, los círculos de poder que alimentan infinitamente las oligarquías y las repeticiones de la historia de las que se encargan, las estadísticas como la principal prueba de transformación social y progreso, y la vida como una simple cuestión de peripecias y tretas diseñadas astutamente sobre bases legales.

Pero somos buenos ciudadanos y con constancia votamos cada cuatro años para aplacar nuestros anhelos de cambio y convertirnos de ese modo en el más responsable de los ciudadanos porque gastamos media mañana para salir de nuestros cómodos sillones y votar por cualquier pendejo a cambio de que nuestros intereses materiales (así sean los más nimios como frecuentemente ocurre) e ideológicos (así sean los más egoístas o idealistas) estén asegurados, entonces hablamos de política que no es más que hablar de personajes públicos que representan cada uno a ciertos sectores sociales mientras ellos celebran sus picardías a puertas cerradas; y si ya no nos matamos como antes es porque simplemente morimos entre los silencios y las miradas cómplices que hacemos por entre las rendijas de nuestros fortines de hormigón.

Hemos aprendido de la televisión a ser simples espectadores de la realidad (una que aparece construida entre espejos borrosos de apariencia seniles y desgastados), por eso nos parece que ésta está más allá de nuestra puerta, del barrio, de la ciudad, como si nunca nos fuera a embadurnar con sus manos enlodadas y mentiras que estamos hundidos hasta el cuello; hemos aprendido a engañarnos con entretenimientos de a centavo porque quizás la vida ya no alcance para más y aceptamos que cada uno de nuestros sentidos se ajusten a una pared: oímos solo ecos, vemos y nuestros ojos no son nuestros, degustamos las migajas que nos tiran, nos complacemos en tocar lo imaginario y nunca olemos lo mal que hay en todo esto; ahí escuchamos lo divino y lo humano, lo que está bien, lo que está mal, nos relatan el futuro que no es más que uno hecho a la medida del presente, sin trabas para sus intereses y con balcones más altos desde donde nos puedan vigilar; acordonan nuestro pasado dentro de lo permitido y borran aquello que no le es grato: la indiferencia e injusticias contra los desadaptados y las verdades de los derrotados.

Desde la TV congelan y tiranizan nuestras esperanzas porque para ellos son inútiles y con frecuencia la disfrazan de su futuro, la ennoblecen con esfuerzos y sueños que debemos pagar con la vida. Es inaudito salirse de lo que nos muestran, por eso nos limitan la imaginación con slogans de lo que debemos ser, encriptadas en imágenes e historias sobre el buen ciudadano y los premios que le corresponden, además constantemente nos advierten del caos y el desorden venidero por no hacer lo que es debido; las ortodoxias hablan por sí mismas de que, así como estamos, estamos bien y que por ningún motivo debemos cambiar. La limitación más exitosa es la que nos hace creer que hay un solo modelo de vida exitoso; en los sueños nos hablan para mentirnos sobre lo que es un sueño y se reclaman dueños de ellos, dicen que debemos soñar con cuevas de cristal y brillos de plata colgados en la frente. Desde el sillón de la sala aprendemos a ver el mundo caerse a pedazos por culpa de las guerras sin sentido, y nos inculcan el miedo a valernos por nosotros mismos -Todo es asunto nuestro, nada es asunto de ustedes- nos dicen a cada instante sin darnos cuenta y entonces el sillón en donde estamos se vuelve oceánico e inabarcable.

Aprendemos a rasgarnos las vestiduras por causas ajenas y verdades a medias que responden al interés de enseñarnos a maldecir por odios y piedades, creados desde el cielo o la alta alcurnia; cuando nos reconozcamos en el otro y hagamos desaparecer las fantasmagóricas espinas que llegan de los discursos podremos crear verdades dispuestas a conciliarse y transformarse entre sus componentes más mínimos, de las que nacen de las conversaciones cotidianas, del deseo siempre constante de vivir en paz, de las manos trabajadoras, del amor a lo simple, pues en estos momentos la verdad ha quedado relegada a simples imágenes de cartón que rellenan al antojo de quien sea menester.

Hemos aceptado el mérito como un valor intrínseco de superioridad moral que aniquila nuestro ser social, permitiendo la conformación de una individualidad hermética llena de un orgullo pretensioso y la consecuente normalización de las cosas como son valiéndonos del discurso falaz de las insuficiencias en los esfuerzos y la meritocracia como el sistema que nos lleva a la carrera absurda de desarrollar nuestras capacidades para un mercado laboral que estrecha cada vez más su círculo y que, como todo círculo, adolece de una doble lógica de inclusión y exclusión, al fin y al cabo es el sistema de las legitimaciones de las diferencias sociales que ayuda a la sustracción del vocabulario del concepto “clases” y desaparece del lenguaje la apariencia de confrontación irremediable latente en la sociedad. Seguramente es mucho más conveniente porque incorpora las injusticias del sistema capitalista y las personifica en la ética del mérito, un mapa mental que enclaustra al individuo dentro de sus propios límites, aunque con una falsa ilusión de tenerlo todo a su disposición, como si estuviéramos dentro de una habitación oscura, chocando contra las personas que buscan a tiendas el mismo fin, encontrar la puerta de salida.

De los espacios publicitarios hemos aprendido a vestir a la moda, a seguir marcas que nos sellan la frente con sus logos, a movilizarnos atendiendo las tendencias de cualquier índole y a ser individuos espurios, breves, inmersos en una rueda del tiempo descontrolada por el mismo ritmo afanado de la industria ya que los eventos y las modas desaparecen al instante sin dejarnos nada a cambio sino la angustiada sensación de la brevedad; no hay mayor necesidad que la de acogerse al ritmo que impide una mirada introspectiva; aprendemos, en general, a gozar de nuestra libertad por medio del placer inaudito de comprar así sea lo más innecesario, pues las estrategias mercantiles buscan su público pero cuando gozamos de ello somos libres y esclavos porque estamos siempre sujetos como otro producto tranzado en el mercado por su valor

de intercambio medido a su vez por la capacidad adquisitiva que se tenga; aquel que no pueda comprar no gozará de libertad o será muy limitada, reza en lo más alto de las leyes capitales. ¡compra! ¡compra! ¡compra! Busca el éxito, los exitosos visten de cierta manera, huelen de cierta manera, se comportan de cierta manera, y si no lo eres aparenta serlo, eso también atrae, es otra de las leyes capitales.

Hemos aprendido de las iglesias a aceptar los destinos sin haber aprendido que cualquier destino es una sumisión. Pero ciertamente de eso tratan, de lapidarnos la vida a través de la moral de las resignaciones, la piedad y la compasión, que por supuesto no están mal pues son ante todo actos involuntarios de identificación con el semejante, lo malo es cuando se convierten en la norma y la resignación se vuelve el estado ascético de contemplación en el que se aceptan las cosas como un devenir irremediable en el que vemos pasar el tiempo y sus relaciones como estatuas de bronce sentadas sobre el mar y la piedad y la compasión se establecen como simples relatos de moralización sobre la debilidad y la compensación por las desavenencias sociales o el gusto por la adoración de los santos.

Hemos aprendido de los libros de historia a cargar con las imposiciones, las doctrinas y las verdades de los vencedores sin descubrir las intenciones de sus luchas ni tener en cuenta las consignas de los perdedores que, como contraparte, pudieran ser un requisito fundamental de comprensión de la historia, y la manera como ésta ha ido fraguando un horizonte respaldado por los victoriosos quienes se niegan a develar sus secretos a los que no hacemos parte del minúsculo círculo de sus más dignos representantes. Aprendimos, igualmente, a adorar monumentos, cuadros de “grandes” personajes y estatuas sin brillo, vivimos entre los fantasmas de los triunfos, aquellos mismos que atan con sus manos la realidad y las posibilidades de transformación de una sociedad a la cual le es necesaria la abolición de ese andamiaje intrincado de poder y verdad.

Aprendimos a bailar los himnos, los coros, las eucaristías y las leyes, estas melodías siempre suenan desde los parlantes ocultos de un gran salón de baile y, sin embargo, son ritmos aletargantes que nos obligan a bailar con los ojos cerrados, cohibidos y sobrestados, como en un trance premeditado y automático, casi divino. Las notas musicales son por sí mismas mandamientos de aprendizajes. Pero nada es real, ni siquiera la más mínima tonalidad de la música que llega a nuestros oídos, pues solo existen mientras esté apostillada en la oficialidad, y ésta, a diferencia de la realidad de los seres que nos encontramos en el salón, es el gran truco del poder, una vieja máquina de música almizclada que ha sido construida por quienes han deseado que sigamos bailando dentro lo permitido y no aquello que podemos llegar a conformar como una nueva melodía sin igual.

Aceptamos que en el mundo ya no hay nada más por construir. ¡Que vengan las guerras que nuestro honor está esperando! ¡Qué vengan los gobiernos junto a los gobernantes y sus más preciados mandamientos que las leyes y autoridades solo ellos las crean! ¡Que vengan las ortodoxias y las verdades televisadas que hemos aprendido a pensar y a sentir de acuerdo con sus morales enquistadas! “Nos” han enseñado y hemos aprendido en un juego en el que somos más cómplices que víctimas, y es que el pronombre mismo nos contiene, implica una carga de responsabilidad para cada uno de nosotros; somos cómplices hasta el grado en que hemos aceptado cada una de las cosas que nos han dicho.

Ahora las cosas parecen que estuvieran fuera de control, ajena a nosotros y contrarias a los deseos humanos de toda humanidad y nos encomendamos a los dioses, les imploramos para que no se sigan saliendo de control, y esos viejos y viejas deidades que aguardan en los tímpanos solo nos responden con cínicas tautologías como “así debía ocurrir” o “déjanos hacer nuestras cosas porque sabemos lo que hacemos”, ¡bah! ¡Mentiras! Es una cadena que empieza por nuestras aceptaciones y terminan en las empecinadas costumbres, aunque suena obvio, cada aceptación es la principal condición de aquello que es permitido.

Es necesario auscultar delicadamente nuestras aceptaciones y martillar a los ídolos, escribiría Nietzsche en “El crepúsculo de los dioses”, y crudamente escribiría Herman Hesse en una de las páginas de “El Lobo Estepario”, “Es verdad: la vida es siempre terrible. Nosotros no tenemos la culpa y somos responsable, sin embargo. Se nace y ya es uno culpable (...)” Porque el pesimismo de Hesse, el vitalismo de Nietzsche, así como el existencialismo de Sartre, tiene como una de sus mayores virtudes la de responsabilizarnos de nuestra vida, y buscar en sus denuncias una alternativa, como si supieran que dentro de su marco teórico se encontrara la negación de un futuro calcino: denunciar dioses, falsos brillos de victorias, y las grandezas de las efigies es la principal condición para dignificarnos como especie y poder bailar desnudos y con los ojos abiertos dentro del gran salón .

*Mario Alejandro Neita Echeverry*  
*Politólogo de la Universidad Nacional*